

SEÑALES

Hauptmann

□ Flemington tiene como Corte de Justicia un edificio de madera, exterior campesino e interior incómodo. Allí se han visto y desarrollado los varios metros de película truculenta, narrativa y dialogada, reproducción del crimen más desagradable quizá, entre los cometidos en los últimos años.

Bruno Richard Hauptmann comparece, niega y discute con una serenidad molesta, cínica y antipática. «No, sir» «Yes, sir», mientras el fiscal le agobia a gritos interrogantes. Las mismas palabras—empleadas en giro contradictorio—cuando ese defensor hoy recusado, Reilly, arregla las cosas a su manera y buen entender. Hauptmann es de una inmutable vaciedad de mirada, tiene los labios contraídos, con tic hacia un lado de la cara, que demuestran a primera vista la bajonería de su ser. Testimonios y declaraciones van contra él, sin contar la cómica, la payasesca intervención del Doctor Condon. Pero más que todos los hechos, más que todas las pruebas testificales, más que las escalas de madera y los agujeros para guardar monedas, prueban en contra de Hauptmann esos labios duros y esa mirada perdida. Y esos «No, sir», rápidos, preparados, violentos y desazonantes.

La imagen del niño raptado, surgirá, dulcemente, con rizos y sonrisillas, entre el ahumado ambiente del humilde palacio de Justicia de Flemington, en Nueva Jersey. El coronel Lindbergh reconoce la voz del asesino. Hauptmann es un delincuente

canallesco, que ha tomado dinero del rescate. La popularidad del que atravesó un día el Atlántico en vuelo directo, contra viento y marea, ciñe la curiosidad mundial. El jurado de Flemington ha condenado a muerte a Bruno Richard Hauptmann, este criminal con nombre de dramaturgo o de descubridor de un bacilo.

No hay duda de que van contra este hombre todas las centellas del azar y de la certeza, todos los rayos de la antipatía mundial (con excepción de algún «ario», compatriota, que se ofrece a dar dinero con tal de salvarle). Pero la cuestión esencial es otra. ¿Merece Hauptmann la pena de muerte? ¿Se puede llevar a la silla eléctrica a este individuo, por las pruebas que marchan contra él?

No. No deberían matar a Hauptmann. La ejemplaridad de la pena de muerte y todas las condiciones que enumeran los defensores de esta medida penal, incorregible, trágicamente decisiva, no son bastantes para condenar a este reo incómodo de Flemington. Los delitos que se le han probado, fuera del asesinato del *baby*, son bastantes para encerrarle durante mucho tiempo, para apartarle (empleando la frase ritual), como manzana podrida, del todo social. Pero, para declararle autor del asesinato, del infanticidio, falta un algo, una pizca, un detalle, un casi nada. . . . Ese casi nada que podría aparecer, dentro de varios años, (cuando Hauptmann hubiera sido absorbido por la misma tierra que absorbió al niño de Lindbergh); como cierto. Pero que también pudiera ampliarse en favor del ejecutado. Qué terrible sensación la de saber, al cabo de algunos años, si no se revoca la sentencia, que Bruno Richard Hauptmann, ladrón, estafador probado, al que se aplicó la pena capital por infanticidio, no fué quien mató al niño de Lindbergh. Ese *casi nada* que falta, debe poder bastante en los que decidan, para encerrar a Bruno, el desagradable, pero en dejarle vivir mientras la prueba no cierre el círculo del convencimiento, de la certeza.

moral, que en estos casos de Justicia, debía tratar de aproximarse, cuanto más pudiera, a la certeza metafísica.

La Novela Policiaca

□ No tan a propósito de crimen, siguiendo en lo anterior, como a propósito de literatura, entrando en materia nueva, olvidando la señal precedente, es menester dar su importancia (y aunque no se la queramos dar, la tiene), a la Novela Policiaca. Cada día se lee más novela policiaca y cada día da más a ganar a sus autores este género novelesco. Y cada día adquiere más valor su consistencia, haciéndose más artística, más asequible al paladar del gustador de buenas materias escritas.

Sobre todo, en estos días de análisis excesivo, cuando cada acto del protagonista de una novela es arrancado desde sus más recónditas raíces (a las que se hacen ilusión de que llegan, los pobres escritores), ahora en que ya no se hacen cosas tan excelentes y divertidas como «Los Miserables», sino que, por obra y desgracia del gran Proust (grande él, como caso único, pero, pequeños sus secuaces, traperos de sensaciones), se destiñen las psicologías y se hurga en el sexo, en las sensaciones, en la cuarta dichosa dimensión y en otras zarandajas de cátedra plúmbea... ¿por qué no echar un cuarto a espadas sobre la novela policiaca, género interesante, atrayente, que se hace devorar y que limpia de polvo y paja la pesadez de un analista o la facundia de un decorador de ambientes?

No es la novela policiaca un género despreciable, ni merece ser mirada, así, por encima del hombro. No llegarían a escribir novelas policiacas ni medianamente decentes, muchos que se atiborran de caracteres, limpiándole los zapatos a los psiquiatras y a los leguleyos. Como la novela de aventuras, la policiaca tiene su altura y en ella caben, como en cualquier género, el genio y el currinche, el escritor y el escribano. A unos el triunfo y a otros el palmetazo.